

Ante Arrau: admiración y gratitud

CUANDO ayer vi a Claudio Arrau descender del avión en tierra chilena, experimenté uno de esos profundos sentimientos que tanto cuesta transmitir.

Dejando fuera el orden sobrenatural, las mayores felicidades y las más sublimes emociones me las ha deparado el arte. Y dentro de las diversas manifestaciones de éste, quizás la música ha sido la que más hondamente ha impactado mi espíritu.

En esa perspectiva, Claudio Arrau no es sólo alguien a quien profese una admiración especialísima. Más que eso, su figura y su obra están asociadas al maravilloso sentimiento de la gratitud.

¡Cuántas veces los amantes de la música hemos disfrutado de las grabaciones de los grandes maestros, entre los cuales Arrau ocupa un lugar señero en todo el mundo! ¡Y cuántas veces, al terminar de oír una de esas obras, hemos querido que nuestro gozo espiritual pudiese traducirse siquiera en una palabra de agradecimiento conmovido al compositor y a los intérpretes, que en muchos casos ya han partido hacia la eternidad!

Sin embargo, con todos los avances de las técnicas de grabación, nunca ellas podrán suplir lo que significa un concierto escuchado en la sala y el momento en que la obra musical se ejecuta. Diríase que un tenso y emo-

cionado recogimiento nos coloca allí ante la aventura fascinante de ser partícipes de algo que siempre nace, porque vuelve cada vez a recrearse. Por eso la perspectiva de escuchar presencialmente un concierto de Arrau genere sensaciones difíciles de describir.

HASTA hoy tengo fresco en mí ser aquella interpretación de la sonata opus 111 de Beethoven que Arrau nos entregó, en nuestro Teatro Municipal, en su ya lejana venida anterior a Chile. Si se me permite la metáfora, llegué a pensar si acaso Beethoven habría imaginado que alguna vez se penetraría en su mensaje con semejante profundidad conceptual y genio expresivo.

Ante dicha obra, como ocurre con los últimos cuartetos del propio Beethoven o con los recitados de Miguel Angel, uno intuye que esos titanes ya habían ingresado a aquella

“La verdadera impronta creadora de un gran intérprete reside en su capacidad para desentrañar —a través del intelecto y la sensibilidad— el más genuino y hondo mensaje del compositor”...

dramática y sobrecogedora zona en que la existencia temporal empieza a percibir tangiblemente su término y su tránsito a la otra vida que nos espera más allá de la muerte. Y sentí que Arrau plasmaba ese misterio de un modo muy difícil de igualar.

Es ante un artista de la envergadura de Claudio Arrau donde uno comprueba que el intérprete puede convertirse en verdadero creador. Pero justamente allí es también donde comprueba que ello no se logra por el camino fácil de ceder a los veleidosos caprichos de quienes juegan a ser “vedettes”.

La verdadera impronta creadora de un gran intérprete reside, junto al esmero de tantas horas de laborioso estudio para alcanzar la excelencia técnica, en la capacidad de su espíritu para desentrañar —a través del intelecto y de la sensibilidad— el más genuino y hondo mensaje que el compositor ha querido legar en cada una



de sus obras. Para adentrarse con hondura conceptual, fineza artística y esforzada humildad en todo el mundo interior del autor de quien se quiere ser su intérprete.

AL escuchar a Claudio Arrau uno percibe que todo su ser está entregado a ese descubrimiento inagotable del cual él es siempre un pionero que continúa peregrinando.

De ahí que más allá de la admiración, quienes amamos la música como una de las manifestaciones que más nos aproximan a lo mejor del hombre —y a través de ello a su Creador— sintamos hacia Arrau no sólo una venerada admiración sino una viva gratitud, que en estos días nos alegramos de poder manifestarle en nuestra tierra común. Y que tal reconocimiento se extienda también a todos cuantos han hecho posible este momento histórico.